

AHORA, LOS ARBOLES

(el resto ya fue vendido)

ERIC NEPOMUCENO

SON tres millones y doscientos mil kilómetros cuadrados de selva. ¿Cuánto valdrá toda esa madera? Mejor dicho: ¿la selva tiene precio? Porque en medio de árboles y plantas corre un caprichoso laberinto de ríos: un 20 por 100 de toda el agua dulce que corre rumbo al mar está allí, en la Amazonia. Por debajo de la selva, debajo de la tierra, está el mineral de las reservas de hierro, estaño, oro, bauxita, uranio: hasta hoy no se sabe de cierto cuál es la dimensión de esas reservas. Se sabe nada más que, en el peor de los casos, serían reservas importantes.

Pero si la selva oculta el suelo, deja perfectamente a la vista la madera, los árboles gigantes. Y es eso lo que será negociado en primer lugar: aquel mundo verde llamado "el pulmón de la Humanidad".

Dueño de una deuda externa que ya ha superado la marca de los cuarenta mil millones de dólares, el régimen militar brasileño —que en 1979 cumple quince años de poder absoluto— no oculta su firme intención de transformar por lo menos una buena parte de la floresta amazónica en una nueva fuente de recursos. Mientras los militares deciden la manera más rápida y eficaz de colocar la selva en venta, los brasileños se preparan, en ese principio de año, para acompañar, impotentes en la práctica, la entrega de una nueva parcela de la riqueza natural de su país.

El proyecto de transformar la floresta amazónica en un negocio rentable, en verdad, no es nuevo. El saqueo indiscriminado de la región es parte de la rutina local de los últimos años, siempre contando con la complicidad pasiva de los militares.

En la primera quincena de enero, en Brasilia, aparecieron las líneas básicas del proyecto oficial. Pero el general Ernesto Geisel prefirió dejar para su heredero —el también general Joao Batista Figueiredo— la responsabilidad de avanzar con la idea. En todo caso, una cosa es cierta: no se discute más, en la cúpula del régimen, si la opción es usar o no la floresta. El problema ahora es encontrar la fórmula para destruir la selva de la manera más rentable.

Para entregar la floresta a las compañías multinacionales, el primer paso del Gobierno quizá sea reabrir la exportación de la madera en troncos. Esa sería, es verdad, la política forestal más colonialista que se podría adoptar. Reabriendo la exportación indiscriminada, las grandes empresas madereras formarían, gracias a la Amazonia, grandes "stocks" estratégicos, y tendrían la posibilidad de controlar los precios internacionales. Eso, claro, sin hablar de la devastación en larga escala.

Hace seis años, los principales puertos europeos estaban abarrotados

de madera, y el Gobierno brasileño decidió prohibir la exportación de troncos. Otros países adoptaron la misma medida —Kuala-Lumpur, en Malasia, por ejemplo. Pero Malasia continental continuó exportando madera para Singapur y Japón, y sólo ahora, cuando faltan quince años para que sus reservas forestales se agoten, pretende adoptar la prohibición. Una providencia quizá tardía para salvar sus ocho millones de hectáreas de bosques.

Aunque la exportación de troncos continúe prohibida, varias empresas madereras se instalaron, en los últimos años, en la Amazonia. La Georgia Pacific, la Bruynzeel o la Toyomenka, por ejemplo, han montado fábricas madereras sin modernizar el proceso de producción, sin aportar ninguna innovación tecnológica al país. Aprovechan la madera existente y disponible en bosques vecinos a las instalaciones industriales que montaron, utilizando la misma manera secular de explotación maderera. Esas empresas, en todo caso, no pueden exportar la madera antes de cortarla, y eso implica un mínimo de inversión, es decir, el montaje de los aserraderos.

Pero, ¿cómo funcionan esas compañías? Básicamente, utilizando al nativo de la región. Es el caboclo el que va al interior de la mata para tumbear el árbol, echarlo al río, conducirlo hasta el puerto de

la serrería. Y entonces recibe una paga que apenas le alcanza para volver a la selva. Sobre la Georgia Pacific, la más grande maderera norteamericana, pende ahora, en el Estado de Pará, el riesgo del desabastecimiento de algunos tipos de madera. Pero eso no quiere decir, claro, que la empresa haya empezado a desarrollar proyectos de repoblación forestal. Tal tipo de proyecto implicaría la necesidad de invertir dinero, y la Georgia Pacific no parece dispuesta a colocar ningún dólar más en Brasil. En 1977, su modesto capital era de 150.000 dólares. Es imposible calcular, en esos dos años, cuántas veces se multiplicó en las remesas a la casa matriz la cantidad invertida.

Muchos países desarrollados están preocupados por el abastecimiento de madera que necesitan. Hasta hace poco, esa madera venía sobre todo del Sudeste asiático. Pero por una serie de factores políticos, económicos y hasta ecológicos, la continuidad de ese abastecimiento está amenazada. Por eso, misiones comerciales no paran de cruzar la Amazonia con el objetivo de evaluar las "posibilidades" locales a corto plazo.

Uno de los países más ansiosos parece ser el Japón, plenamente dispuesto a la conquista de la Amazonia. Una empresa japonesa, la Eidal, logró convencer al régimen mi-

litar brasileño de que estableciese un "acuerdo de cooperación técnica" con la Japan International Cooperation Agency con el objetivo de financiar un "proyecto forestal". El Banco Mundial aprobó el proyecto y concedió un préstamo de seis millones de dólares. Resultado: una empresa de economía mixta instalará cuatro aserraderos en la región amazónica, y la JICA llevará a Brasil sus técnicos japoneses para aplicar, sin muchas modificaciones, un modelo forestal similar al introducido en el Sudeste asiático. Si la experiencia funciona, es muy probable que el Japón cambie la agotada Malasia por la Amazonia.

Sea cual sea la cifra en dólares que el régimen militar brasileño coloque como valor para la selva, el precio más elevado por el saqueo de la región ya está siendo pagado por los moradores locales, los pequeños propietarios expulsados de sus tierras por bandas de pistoleros que actúan con el respaldo del silencio de las autoridades. También las reservas indígenas son devastadas continuamente, mientras los militares insisten en su política de "defensa del indio", que en realidad se traduce en el asesinato silencioso de la raza. Destrozada su cultura original, los indios de hoy visten uniformes de fútbol, ganan equipos de pesca subacuática para los ríos; sus mujeres ganan viejos vestidos coloridos. Sus hijos son contagiados: una simple gripe, ya se sabe, es suficiente para destruir media tribu en pocas semanas.

Uno de los métodos más utilizados en Brasil para expulsar a los indios de tierras "interesantes" es contaminar a las mujeres con enfermedades venéreas, o a los hombres con el sarampión. El contacto con el "mundo civilizado" hizo que el alcoholismo, las enfermedades y toda clase de degradaciones se abatieran sobre los indios. En los Estados de Matto Grosso, Pará, Goiás y Amazonas, los blancos regalan ropa infectada con el virus de la viruela cada vez que se acercan para hablar sobre las tierras.

Pero esa es otra historia. Para el Gobierno, lo que interesa ahora es ver cómo se puede obtener dinero de la selva. Después de quince años de autoritarismo desenfrenado, de implantación de un sistema ejemplar de capitalismo salvaje, de administración desastrosa y de corrupción a todos los niveles, los militares tienen prisa. Ya no queda mucho que entregar a los dientes de la deuda externa. ¿Por qué no la selva? Devastar el mato es un buen camino para luego regalar la explotación del subsuelo.

Y la preocupación por el hombre y su medio ambiente no fue ni será jamás la característica de regímenes como el de los militares brasileños. ■

